



Marinatos, Nanno, *La Diosa del Sol y la realeza en la Antigua Creta* (traducción: Amaya Bozal). Colección: La Balsa de la Medusa, 223. Madrid, Antonio Machado Libros, 2019, 334 pp. ISBN: 978-84-7774-331-6.

Nueve años han pasado para que el libro original de Nanno Marinatos, *Minoan Kingship and the Solar Goddess. A Near Eastern Koine* (University of Illinois Press, 2010), tenga su edición española.

El volumen se abre con una aclaratoria nota a la traducción realizada por Amaya Bozal, a la que sigue un prefacio donde la autora confiesa el cambio de rumbo de sus primeras intenciones: el libro original pretendía haber sido, tal como Marinatos declara, una versión revisada de su antiguo *Minoan Religion: Ritual, Image, and Symbol* (1993); sin embargo, las correcciones, los añadidos como consecuencia de los nuevos descubrimientos y, en definitiva, la propia visión evolucionada de la autora sobre aspectos sociales y religiosos supusieron la aparición de un nuevo libro con una novedosa estructura interpretativa. A continuación, siguen quince capítulos, el primero, introductorio, y el último, conclusivo. Finalmente, una completa y vasta bibliografía junto con el índice de ilustraciones cierran la obra.

Ya en el primer capítulo, Marinatos pone de relieve que uno de los objetivos fundamentales del libro es situar la Creta palacial en un contexto no ajeno al Próximo Oriente, pues en los estudios de cultura, civilización y arqueología griegas se ha establecido un límite invisible, pero marcado, que excluye la zona de Anatolia, Siria, Levante y Egipto. La autora defiende el régimen teocrático de la Creta minoica (especialmente durante su apogeo, el periodo del Palacio Nuevo) y, aunque de manera general sigue los preceptos establecidos por Arthur Evans, matiza y hace interesantes observaciones sobre algunos de ellos. Considera, además, que para descifrar el código de comunicación de la etapa cretense es necesario leer e interpretar las imágenes como parte de una *koiné* visual que engloba una región más extensa, el Próximo Oriente.

El capítulo segundo se abre con un estado de la cuestión sobre la figura de rey sacerdotal, identificado como máxima autoridad religiosa (la idea de realeza sacra propuesta por Evans). A continuación, la autora aborda motivos iconográficos de la cultura minoica que deben vincularse a la figura de rey y reina, distinguible de la de otros humanos, basándose en la iconografía de realeza del arte de Mesopotamia, Siria y Palestina, fundamentalmente. Sin embargo, es consciente de la dificultad que conlleva distinguir rey/dios y reina/diosa, pares de figuras ambiguas en las representaciones del arte minoico.

El capítulo tercero centra el análisis en la afirmación que hizo Evans acerca de que el rey y la reina minoicos eran al mismo tiempo sumos sacerdotes, conclusión que Marinatos acepta y argumenta. El rey (o la pareja real sagrada) era el único intermediario entre el pueblo y las divinidades y, además, era divinizado tras su muerte. Asimismo, una parte considerable del capítulo presta atención a la sacralidad enten-

dida como estado ontológico del ser, no como un mero papel puntual que desempeñan el rey y la reina en determinadas circunstancias rituales. El proceso de sacralización se manifiesta en las imágenes de la Creta minoica a través de la vestimenta. Para argumentar su idea, Marinatos hace continuas alusiones a imágenes egipcias, mesopotámicas y del Próximo Oriente, así como a textos hititas y ugaríticos.

En el capítulo cuarto el foco de interés apunta al trono y a la sala o salón donde este se encuentra. Ya Evans afirmó que el complejo que conformaba el salón del trono, formado por diversas cámaras, estaba destinado a la celebración de ceremonias religiosas. Para entender la función del salón del trono y del trono mismo, Marinatos recurre otra vez al Próximo Oriente y concluye que ambos fueron diseñados para una divinidad femenina. Además, son interesantes los razonamientos iconográficos que ofrece para argumentar que dicha diosa era solar, no una divinidad de la fertilidad, como han sugerido algunas teorías hasta el momento.

La iconografía vuelve a ser un punto determinante en el capítulo quinto, ya que la autora recurre al estudio de las imágenes para conceptualizar la idea de «edificio sagrado» desde una visión minoica, sin olvidar la comparativa recurrente con el Próximo Oriente. Es interesante la revisión que hace de los términos «templo» y/o «santuario», quizás no del todo bien definidos cuando queremos aplicar sus acepciones a la cultura cretense antigua.

El capítulo sexto es interesante porque sobrepasa el estudio puramente de imágenes y pretende mostrar un programa ideológico y antropológico. Desde mi punto de vista, agruparía esta parte en dos grandes preguntas que la autora procura responder: ¿cuáles son las escenas o temas que se ponían de relieve en las representaciones minoicas? y ¿quiénes aparecen contemplando al dios? Por su parte, el capítulo séptimo sigue en la misma línea, aunque aborda diferencias gráficas que afectan a la sintaxis visual de las escenas. El estudio ahora se centra en los individuos representados que no miran al dios ni interactúan directamente con él, lo que le lleva a la autora a contextualizar y explicar la idea de «profecía». Son sugerentes los rituales que Marinatos identifica en las imágenes cretenses, a los que, además, insufla ejemplos de testimonios escritos (ugaríticos y griegos) que verosímelmente podrían acogerse a sus teorías.

Los siguientes tres capítulos estudian los ideogramas más significativos de la civilización minoica, así como los conceptos que subyacen de cada representación en diferentes contextos. En el capítulo octavo, el signo jeroglífico que ocupa el análisis de Marinatos son los cuernos sagrados (ideograma 37), interpretado tradicionalmente como cuernos de toro; sin embargo, la autora hace una revisión iconográfica de algunos elementos del arte acadio, mesopotámico, sirio, anatolio y egipcio, y apoyándose, además, en testimonios escritos procedentes del Próximo Oriente, apuesta por la teoría que interpreta los –mal identificados– cuernos sagrados como montañas entendidas como puertas que delimitan el cosmos. El capítulo noveno tiene como protagonistas la doble hacha (ideograma 36) y la cabeza bovina (ideograma 38), jeroglíficos estrechamente relacionados entre sí. Desde el primer momento, la autora rechaza la extendida idea que sugiere que el hacha es el instrumento de sacrificio de la cabeza del animal. Tras una detallada exposición de preguntas con sus respectivas argumentaciones, concluye que ambos ideogramas están muy relacionados con el sol e, incluso, según contextos, pueden ser manifestaciones del disco solar. En el capítulo décimo, Marinatos aborda la roseta, la media-roseta y el altar cóncavo, y llega a la misma

conclusión que en los casos anteriores aplicando una lente sirio-anatolia-egipcia-hitita: se trata de símbolos solares, es decir, insignias de culto de la diosa del Sol.

El foco de estudio del capítulo undécimo es el Más Allá a través del escaso material arqueológico funerario: los *larnakes* 'sarcófagos'. La autora llega a interesantes conclusiones apoyándose en las imágenes que muestran estos monumentos y sirviéndose también de ideas sacadas del *Poema de Gilgamesh*, de la *Biblia*, de la *Odisea* y de algunos pasajes de la obra de Heródoto. Todo apunta a que el Inframundo minoico se imaginó en las profundidades del mar, en simetría constante con el mundo de los vivos.

Marinatos retoma la figura de la diosa solar de la realeza minoica en el capítulo duodécimo. Como es habitual a lo largo de su estudio, analiza el material conservado e identifica las influencias iconográficas y literarias orientales en Creta. Concede especial interés a las imágenes que representan la relación madre e hijo y la diosa sedente. Tras un profundo análisis, sugiere que la diosa del Sol desempeñó un papel doble: figura relevante en el Más Allá y también en el Cielo.

El capítulo decimotercero toma como protagonista al dios de la Tormenta. La autora sigue el mismo patrón: observa la morfología del dios en los anillos minoicos y toma modelos similares del Próximo Oriente para llegar a conclusiones inadvertidas hasta el momento. Además, en esta ocasión, se apoya en el poema ugarítico del *Ciclo de Baal*. Como colofón, Marinatos hace unas reflexiones finales sobre el papel de las deidades minoicas: considera que las categorías y conceptualizaciones que otorgamos en la actualidad a los estudios del pasado deben hacerse a través de un prisma adecuado; finalmente, declara que en su estudio ha profundizado en las figuras de diosa del Sol y del dios de la Tormenta porque ambas tienen rasgos iconográficos buenamente definibles debido a sus papeles de patrones de la realeza.

El punto decimocuarto es un capítulo reflexivo sobre el concepto de *koiné*: la autora asemeja los sistemas religiosos a las especies biológicas en tanto en cuanto no son elementos únicos, se relacionan, se adaptan, se fusionan, mutan e, incluso, mueren. Además, dedica varias páginas a un factor que ella considera muy notable: la aportación de la realeza en las relaciones interculturales y entre diferentes civilizaciones. Cierra el capítulo con una sugerente tabla que recoge los diversos dioses de la *koiné* divididos por tipo de divinidad y lugar de acogida.

El libro finaliza con un brevísimo capítulo conclusivo (tributo a Evans), muy aclaratorio, porque recoge en siete puntos –literalmente– un resumen de las aportaciones primordiales que Marinatos ofrece al mundo minoico.

A grandes rasgos, la autora hace a lo largo de la obra, por medio de razonamientos deductivos, un ingente esfuerzo de estudio iconográfico, en el que el detallismo y la minuciosidad destacan sobremanera. El estudio que presenta Marinatos es una obra valiente –a mi juicio– porque hace una revisión de conceptos que, tradicionalmente y hasta ahora, se habían dado y se dan por buenos sin discutirlos ni someterlos a juicio. No obstante, en algunas ocasiones hace consideraciones o interpretaciones demasiado personales y, en no pocos capítulos, se plantea preguntas que no todas aborda ni resuelve.

Macarena Calderón Sánchez
Universidad de Alcalá